

Entrevista con Juan Estruch

ANTONIO ANDRÉS

Pbro. de la IERE

Juan Estruch es Secretario de la Iglesia Española Reformada Episcopal; autor del libro "Ecumenismo, Actitud Espiritual" y miembro del Centro Ecuménico de Barcelona. Tiene, pues, una experiencia sobre el ecumenismo que quisiéramos oír de sus propios labios; algo así como escuchar su meditación sobre un tema que tiene tanta importancia para los cristianos y para la proyección de su fe hacia los indiferentes o los no cristianos.

—Juan, el ecumenismo puede caer en un "juridicismo ecumenicista" o en una clase de "pietismo ecumenicista", ¿cuál es tu propia meditación sobre un tema que en demasiados círculos se está convirtiendo en algo tan complejo que parece imposible darle solución?

—Diría, en primer lugar, que el ecumenismo es la respuesta que dan los hombres de la Iglesia a la exigencia de unidad que la esencia misma de esta misma Iglesia implica. Creemos en la Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica. ¿Cómo puede hablarse entonces como de una *novedad* en la vida de la Iglesia? ¡Ay de aquel para quien el ecumenismo —búsqueda de unidad— constituya algo nuevo, algo que no se le había ocurrido antes que pudiera hacerse! El ecumenismo no es siquiera un mero *movimiento*; en una palabra, no es algo accidental. La dimensión ecuménica de la Iglesia ha de existir siempre y ha de haber existido siempre; del mismo modo que tampoco va a desaparecer una vez lograda —por obra de Dios, que no nuestra; pero con nuestra imprescindible colaboración a esta obra de Dios— la unidad entre los que ahora vivimos, oramos y adoramos separados. Aunque no hubiera un solo protestante habrían de "ser ecuménicos" (como se dice) los católicos; y aunque no hubiese un solo católico habría de serlo yo. Es decir, que no se puede reducir el ecumenismo a una cuestión de *números*: con frecuencia se ha hecho así, por desgracia, aquí en España: se han dado cifras, se han establecido proporciones, y de todo ello se ha deducido que del ecumenismo ya se cuidarán los demás, los de fuera. Con ello se olvida, a mi modo de ver, algo fundamental: que lo que constituye problema para unos lo constituye para todos; que para la Iglesia

no existen Pirineos; que no puede haber Iglesia carpeto-vetónica: que la Iglesia es católica, universal.

El ecumenismo se halla, pues, no en función de cifras, sino en función de *fidelidad* de los cristianos a una llamada que el Espíritu Santo dirige a todos. El ecumenismo es una cuestión de *fe*: de fe en la Iglesia, fe en su unicidad, y fe en su *misión*. Situándonos en esta perspectiva, la búsqueda de la unidad no sólo está relacionado con la fe, sino que es un testimonio que puede llegar a condicionarla: “que sean uno para que el mundo crea”; el ecumenismo, “*puerta de la fe*”.

El ecumenismo es también “actitud espiritual”. Esta respuesta que nuestra fe exige, respuesta a la llamada de Cristo (que sean uno) y en fidelidad a su Iglesia (creemos en la Iglesia Una), ha de traducirse en una *actitud* concreta y evangélica. Y al referirnos a esta actitud sí podemos hablar hasta cierto punto de “novedad”, ya que en buena parte nos habíamos olvidado de ella. En España, concretamente, la habíamos olvidado. Acaso un día seamos unos y otros bastante *húmbles* (es decir, bastante fuertes, bastante hombres de fe) como para confesarlo públicamente; y para públicamente pedirnos perdón unos a otros a nivel de nuestras respectivas jerarquías. Acaso un día seamos bastante humildes para, juntos, católicos y protestantes españoles, pedir a Dios perdón por nuestra infidelidad. El Romano Pontífice así lo ha hecho; como él, otros obispos, romanos o no, así como autoridades eclesiológicas protestantes. Ellos lo han hecho; nosotros aún no. Todavía nos da miedo “rebajarnos”: todavía nos da miedo, muchísimo miedo, el Evangelio. Eso de *menguar* nosotros para que crezca, para que lo penetre todo Cristo, aun no lo hemos entendido.

El ecumenismo, que parte de la fe misma, nos exige a nosotros una fe inquebrantable; al mismo tiempo nos exige una actitud de humildad, una caridad sobrenatural. Es, en definitiva, una exigencia de *conversión*: hemos de convertirnos, todos —porque nadie de nosotros está sin pecado— a Cristo. Y ahí es, en último término, donde le duele: a esta conversión nos resistimos todos, con mayor o menor disimulo, desde nuestro traje seglar o eclesiológico, obispos, clérigos o laicos.

—¿No crees que hay muchos peligros u obstáculos a la marcha espiritual hacia la unidad de los cristianos? ¿Cuáles subrayarías tú?

—Podrían enumerarse muchos, y otros lo han hecho ya —mejor de lo que yo pudiera— desde estas mismas páginas *. Limitémonos, pues, a dos o tres de ellos:

1) Un obstáculo previo, el de la *libertad* religiosa. Parecía que todo por fin quedaba resuelto, que ya se había dicho al respecto la última palabra. Mas no ha sido así; porque una vez más, tenemos miedo. Seguimos amando más la estabilidad de nuestras instituciones y la conservación de nuestros patrimonios que la dinámica y la provisionalidad del Evangelio. Que si el proselitismo, que si la defensa de nuestros poco preparados fieles...: una vez más, somos infieles.

2) Un mito, el de la *unidad católica* de los treinta millones. A nosotros, el ecumenismo no nos plantea problemas, porque el país es católico. Sin embargo, las estadísticas arrojan para Barcelona unas cifras de práctica religiosa inferiores a las de muchas de las grandes capitales europeas. España es un país de mayoría católica, ciertamente; y siempre lo será: jamás será país de mayoría protestante. Pero sí puede llegar a ser país de mayoría no creyente.

3) Y la terrible *desgana* de unos y otros, tanto católicos como protestantes. Entre nosotros, la pertenencia al Consejo Ecuménico de Iglesias, por ejemplo, nos compromete un tanto; pero ya nos encargamos de que todos los ladrillos se conviertan en esponjas: también nosotros somos maestros en el arte de "cubrir el expediente". Por acuerdo de la Conferencia Episcopal Española, se ha creado un Secretariado Nacional de ecumenismo: secretariado cuyo campo de acción se extenderá a las relaciones de la Iglesia católica no sólo con los cristianos no católicos, sino también con los no cristianos y los no creyentes. Mucho me temo que, queriendo abarcar mucho, se apriete poco.

* * *

Muy negro es el cuadro: desde luego que sí. Si ni siquiera en esta hora crucial nos atrevemos a decirlo... Quiera Dios que cuantos sacerdotes y pastores, y cuantos laicos se han estado dando, con plena conciencia, de cabeza contra la pared, puedan contemplar un día en la renovación y purificación de la Iglesia española (católica y protestante) una nueva primavera, anuncio de lo que nuestro común profeta, el santo Juan XXIII llamaba "nuevo Pentecostés" de la Iglesia de Cristo.

* Ver la Encuesta, en el número 2 de *Diálogo Ecuménico*.